

Los recuerdos que uno conserva de la gente que uno aprecia

Eric Van Young

Universidad de California, San Diego

Hace muchos años, Chris Archer me contó con su inimitable efusividad, que en cierta ocasión había “perdido el sentido en Poogan's Porch” (o, en sus propias palabras, “passed out on Poogan's Porch”), seguramente por haber bebido en exceso algún tipo de coctel. La frase se me quedó grabada durante años porque uno recuerda las cosas que dice la gente a quien uno aprecia, porque fue divertida la forma en que narró la anécdota y porque la aliteración de la frase es fácil de recordar. Mientras preparaba estas líneas, busqué Poogan's Porch en la web y me enteré de que es un restaurante muy conocido en Charleston, en Carolina del Sur, al que Chris ha de haber ido con su esposa Carol para asistir a una conferencia académica o a algún otro evento. El restaurante se especializa en la cocina del Sur de Estados Unidos, lo que significa que casi todos los platos del menú se fríen con mucha grasa y se sirven bañados con alguna salsa cremosa y espesa, un estilo de cocinar que a la larga le garantiza un infarto a quienquiera que acostumbre comer ahí. Es como el pato laqueado que alguna vez cené en Pekín, cerca de la Plaza Tiananmen. Absoluta y maravillosamente delicioso, es un platillo para comerlo cada veinte años. Por cierto, Poogan era un perro del barrio muy amigable al que le gustaba acomodarse en el portal de la casa hoy convertida en un restaurante que lleva su nombre.

Sin duda alguna, los distinguidos ponentes de esta conferencia -cuyo tema académico es “Transformaciones y revoluciones políticas y militares en Hispanoamérica, 1808-1835”, pero cuyo centro intelectual y emocional es rendir un homenaje póstumo a Christon I. Archer,

Jaime E. Rodríguez O. y Linda Alexander Rodríguez- presentarán iluminadores análisis de la obra académica de estos tres historiadores. Sin embargo, el papel que he asumido aquí es ofrecer algunos breves comentarios de aprecio y recuerdos personales de estos excelentes académicos, a quienes tuve como amigos cerca de cuarenta años. Aunque coincidí con Linda en muchas ocasiones, no la conocí tan bien como a Chris Archer y a Jaime Rodríguez, por lo que mis comentarios se enfocarán sobre todo en ellos dos. Además, un ensayo dedicado a la memoria de Chris Archer será publicado en la revista *The Americas*, escrito por su colega Hendrik Kraay, historiador de Brasil de la Universidad de Calgary, Canadá, donde Chris hizo una larga carrera; y otro en memoria de Jaime Rodríguez, escrito por mí y por Stephen Topik, colega de Jaime por muchos años en el Departamento de Historia de la Universidad de California-Irvine, que ya apareció en la *Hispanic American Historical Review*. Me parece que esta misma revista ha encargado un ensayo en memoria de Linda Rodríguez.

Los tres eran apreciables amigos y colegas míos, pero entre ellos eran aún más cercanos, y los tres murieron en un lapso de seis meses: Chris murió en diciembre de 2022 a los 81 años; Linda, a principios de 2022 a los 79, según mis cálculos, y Jaime, en junio de 2022 a los 82. De acuerdo con los estándares contemporáneos, fueron vidas largas, por lo que la tristeza y la pérdida que sentimos por su muerte no deberían nublar nuestros pensamientos con la idea de que se fueron siendo aún jóvenes y con promesas por cumplir en un futuro, si bien es cierto que todos ellos eran académicos productivos y bien podían habernos obsequiado con más obras en sus últimos años. En mi experiencia, algunos académicos que guardaban con ellos relaciones cercanas son Virginia Guedea en México, Manuel Chust e Ivana Frasquet en España, Colin McLachlan en Estados Unidos con quien Rodríguez colaboró en un libro, y mi queridísimo amigo Paul Vanderwood, quien también ya nos ha dejado. Tengo entendido que Chris y la pareja Rodríguez viajaban juntos, compartían experiencias profesionales -como una estancia en el prestigioso Centro Rockefeller Bellagio en Italia, por ejemplo-, y que alentaban, discutían y criticaban su respectivo trabajo académico. Chris Archer y su esposa tuvieron hijos, todos ellos le sobreviven; Linda y Jaime, no. Como ya he dicho, no conocía a Linda tan bien como a Chris o a Jaime, más que nada porque los tres hombres compartíamos el interés académico en la historia de México, mientras que las contribuciones más significativas de Linda a la historiografía del Ecuador natal de Jaime quedaban lejos de mi área de investigación y escritura. Pero Linda era una mujer formidable que ocupaba un importante cargo administrativo en la Universidad de California-Los Ángeles, en donde fue profesora de historia por muchos años. Recuerdo que era una presencia bienvenida en todos nuestros encuentros, tenía una mente increíblemente rápida y una memoria aguda, le gustaba reír, bebía con gusto y su personalidad irradiaba una versión muy atractiva de la texana guapa. Pese

a todas estas encantadoras cualidades, recuerdo a Linda como si fuera un tanto frágil y tuviera algún pesar.

Los intereses de Jaime y de Chris diferían bastante, aunque su trabajo coincidía productivamente en muchos aspectos, y su relación como amigos y colaboradores era cercana. En cuanto a mí respecta, no ha sido sino en los últimos tiempos, después de muchos años de escribir sobre la historia de México y de dar clases sobre América Latina, que me he percatado de que mi propio trabajo ha versado principalmente sobre el poder –las muchas formas que adopta, cómo se representa, cómo se adquiere, cómo se usa y se abusa de él, cómo se le opone resistencia y cómo se pierde. Sin ampliar la definición del poder más allá de lo reconocible, creo que, explícita o implícitamente, el tema es común a muchos historiadores, si no es que a la mayoría. Esto también resulta cierto en el caso de Jaime y Chris. Aunque Jaime incursionaba en historia económica y en obras de síntesis histórica, su interés predominante siempre fue la política en un sentido bastante tradicional, específicamente la construcción de Estado y nación en México y, en general, en la América hispana desde fines de la época colonial hasta la primera mitad del siglo XIX. Esto se ve con toda claridad en su obra magna publicada en 2012 *“We Are Now the True Spaniards”: Sovereignty, Revolution, Independence and the Emergence of the Federal Republic of Mexico, 1808-1824*, basada en una vida entera de pensar, investigar y escribir sobre el periodo. Aunque supongo que Jaime lo adivinó fácilmente, confieso que fui uno de los lectores “anónimos” del manuscrito del libro para Stanford University Press y recomendé su publicación con entusiasmo. Yo escribí uno de los dos comentarios de la contraportada diciendo: “Este libro constituirá un verdadero hito en la historiografía de México. Su posición revisionista cambiará nuestra visión de España y del proceso de independencia en sus reinos transatlánticos”, juicio del que no me retractaría diez años después. Una de las secciones más interesantes de este importante libro es el capítulo 3, en el que Jaime ofrece un cuidadoso análisis de las elecciones de 1809 en la Nueva España para los diputados a las Cortes de Cádiz del siguiente año, a menudo ignoradas por los historiadores del periodo. Y aunque creo que Jaime habría portado con orgullo la etiqueta de “atlanticista”, como señalan algunos de los ponentes en esta conferencia, era de lo más puntilloso con los mecanismos de la política. Alguna vez me comentó que su interés por la independencia de México, tangible en buena parte de este libro y de su obra en general, tenía como verdadero propósito limpiar a fondo la mesa de discusión sobre las fuerzas políticas que estuvieron en juego en los primeros tiempos de la república, especialmente el federalismo y la Constitución de 1824.

Por su parte, Christon Archer, salvo pocas y notables excepciones, siempre mostró mayor interés por la política del poder, las estrategias, las tácticas e incluso las implicaciones

sociales de la guerra. Este interés temático resulta claro en la obra por la que quizá es más conocido, el libro de 1977 *The Army in Bourbon Mexico, 1760-1821*, así como en buena parte de su obra posterior. En estas páginas explora lo que la composición del ejército borbón tardío en la Nueva España refleja de la sociedad en la que se insertaba. Los artículos que escribió sobre la insurgencia mexicana de 1810-1821, que fácilmente formarían un libro extenso, se ocupaban de la política, pero sobre todo de cuestiones militares que abarcaban desde la actuación de personajes específicos hasta asuntos estratégicos. Algunos comentarios que Chris Archer formuló casualmente me hacen pensar que de hecho se proponía escribir una historia unificada de la lucha mexicana por la independencia, pero nunca llegó a hacerlo -tal vez algunos de sus amigos aquí presentes quieran corregir esta impresión. Podría hacerse la misma observación -que el poder era su tema central- sobre el considerable corpus de su obra sobre la exploración española del Pacífico septentrional, en la que la lucha por el poder era el dominio de lo desconocido y del entorno. Yo me encuentro situado media generación académica detrás de Jaime y de Chris, pero ambos compartieron generosamente conmigo su obra y su pensamiento crítico en muchas y animadas conversaciones privadas y en conferencias. Es arriesgado especular sobre cómo lo vivido por un historiador da forma a sus intereses académicos, pero no es aventurado sugerir que la participación del propio padre de Jaime en los asuntos militares y políticos del Ecuador influyeron en el rumbo que tomaron su investigación y su escritura, especialmente su obra temprana. En el caso de Chris, como ha advertido el autor de un artículo en su memoria, su interés por la historia militar puede haber surgido en parte de los relatos de aquellos parientes suyos que sirvieron en las fuerzas armadas británicas y canadienses durante las dos guerras mundiales del siglo XX.

Christon Archer y Jaime Rodríguez no pudieron haber tenido personalidades más diferentes. En el debate, Jaime podía ser muy insistente a su manera: sobrio, manejaba con precisión argumentos y hechos, y desplegaba un enorme conocimiento de su campo. Quizás porque rara vez lo vi en circunstancias menos formales, nunca lo vi presentarse de otra manera que no fuese de traje y corbata, y como llevaba la barba gris perfectamente recortada, tenía el aspecto de un caballero español. Su característico carraspeo en cierta forma daba la impresión de que estaba a punto de decir algo importante, lo que a menudo era el caso. Pese a lo reservado que era, podía perder los estribos y me parece que debe haber sido un contendiente formidable en ámbitos institucionales. Aunque lo conocí bien, me parecía un hombre bastante reservado, poco afecto a compartir intimidades, al menos conmigo. Sin embargo, recuerdo una noche en que, después de una de las muchas e interesantes pequeñas conferencias que organizó a lo largo de los años, cenamos solos él y yo en un restaurante elegante de Irvine, cerca de su universidad. Compartimos cierta cantidad de alcohol y recuerdo vagamente que él

bajó la guardia y habló sobre su pasado. Me gustaría poder recuperar ese momento, pero como también yo tenía varios martinis encima, no consigo traer a la memoria gran cosa de la conversación. Aunque no era un hombre corpulento, Jaime podía presumir de cierto carisma y dominar un salón, quizá a mis ojos, porque siempre lo vi con una mezcla de respeto y admiración. Una situación en la que sus dotes de persona y estadista le funcionaron magníficamente fue en la fundación y dirección de la revista *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, de la que estuvo a cargo durante varias décadas. Yo estuve algunos años en el consejo editorial por parte de la Universidad de California, de modo que vi de cerca cómo trabajaba Jaime. Era en verdad admirable la forma serena pero insistente en que encabezaba las reuniones, negociaba con los co-patrocinadores de la UNAM y con el robusto sistema burocrático de la Universidad de California, lidiaba con autores recalcitrantes y mantenía la revista en marcha con la ayuda de Carla, su notablemente capaz asistente administrativa.

Con el paso de los años vi a Chris Archer menos de lo que me hubiera gustado, pues él vivía en Canadá y yo en el sur de California; en cambio, Rodríguez y yo coincidíamos regularmente por asuntos de la revista, y nuestras universidades no distaban más que 140 kilómetros una de otra. Muchos de mis encuentros con Archer de hecho se debieron a conferencias organizadas por Jaime Rodríguez en Irvine, o en la universidad de Chris en Canadá. Quienes conocieron a Chris probablemente estarán de acuerdo en que su presencia física podía iluminar una habitación con su alegría, su risa, su contagioso buen humor, su ingenio, su calidez y la sensación de que gozaba todos los minutos de cualquier interacción social. Me parecía que podía llevarse bien con todos, y por todos mostraba interés, muy semejante en esto a mi amigo Paul Vanderwood. Podía ser serio, pero creo que tendía a reservar esta actitud para la discusión intelectual, la escritura y la controversia académica. En persona era de lo más simpático, siempre salía con alguna ocurrencia o un comentario irónico, disfrutaba los buenos chistes y hasta los malos. Era increíblemente generoso y hospitalario. En varias ocasiones estuve en la Universidad de Calgary a invitación suya, un par de veces fui a dar conferencias y tal vez otras dos a dar charlas en pequeños talleres. Su hospitalidad conmigo y con otros invitados en esas ocasiones es bien conocida; recuerdo que una vez me hospedó en la encantadora casa que construyó con su esposa Carol, donde me quedé por lo menos un par de noches. En Poogan's Porch, en su casa o en la cena después de alguna conferencia, Chris disfrutaba de tomar un trago, con lo que su ya de por sí notable calidez, su buen humor y su risa franca aumentaban en varios grados y decibelios. Recuerdo que con ocasión de una conferencia Chris llevó a los asistentes a cenar unos magníficos cortes de carne en un reconocido restaurante de Calgary (esta provincia es famosa por su producción de excelente carne de res), cuya decoración, con tapicerías de un estampado bastante llamativo, cortinas de terciopelo y

mullidos sillones de un encendido color rojo, lo hacían a uno pensar en un burdel (mi referencia son las películas y los libros, pues nunca he estado en ninguno). La generosidad de Chris, al menos en mi experiencia, iba mucho más allá de la hospitalidad. En 2003, mi libro sobre la independencia de México, *The Other Rebellion* (publicado en español bajo el título de *La otra rebelión*), recibió el premio Bolton-Johnson de la Conferencia de Historia Latinoamericana al mejor libro en inglés sobre historia latinoamericana publicado en 2001 (su propio libro sobre el *Ejército en el México borbónico* había ganado el entonces premio Bolton casi 25 años antes). Sin falsas modestias, sospecho desde hace tiempo que el cargo de Archer como presidente del comité de selección del premio debe haber tenido algo que ver, al menos por la firme defensa que supongo que hizo de mi obra. También recuerdo una soleada tarde en el sur de California por ahí de 1990 en que Chris, Jaime y yo explorábamos posibles lugares donde celebrar la reunión de otoño de historiadores de México canadienses, estadounidenses y mexicanos de la que Paul Vanderwood y yo éramos los organizadores locales. La risa y la camaradería entre nosotros tres mientras veíamos centros de conferencias y hotel tras hotel siguen vivas en mi memoria treinta años después.

Cuando se tiene suerte en la vida profesional, conoce uno a gente con las cualidades personales e intelectuales de Jaime Rodríguez, Linda Rodríguez y Christon Archer. Jaime era mucho más sobrio y reservado, mientras que Chris era una persona mucho más extrovertida y abierta. Ambos fueron hombres inteligentes e íntegros, lo mismo que Linda Rodríguez por derecho propio, y todos ellos fueron académicos de éxito. Fue un regalo de la vida haberlos conocido a todos ellos durante tal vez cuarenta años, pero cuarenta años de conocer a gente así, no bastan.